

Primera parte







I

Con paso firme y seguro, un anciano sacerdote, caminaba por la polvorienta carretera ardientemente bañada por el sol. Hacía más de treinta años que el cura Constantino era párroco de aquella aldeíta que se ve reposar tranquilamente en el llano á la orilla de una delgada corriente de agua que se llama La Lizotte.

El cura Constantino hacía ya un cuarto de hora que venía costeando la tapia del castillo de



Longueval, cuando llegó delante de la puerta de hierro que se apoyaba, alta, esbelta y maciza entre dos columnas de viejas piedras, ya negruzcas y enrojadas por el tiempo.

El cura se detuvo y miró con tristeza dos grandes carteles azules, que estaban fijados en las columnas.

Estos carteles anunciaban que el miércoles, 18 de Mayo de 1881, á la una de la tarde, tendría lugar en la sala de pregones del Juzgado municipal de Souvigny la venta de la hacienda de Longueval, dividida en cuatro lotes:

1.º El Palacio de Longueval y sus dependencias, con un hermoso estanque, extensas tierras comunales, parque de ciento cincuenta hectáreas, enteramente cerrado de muros y atravesado por el río La Lizotte:

Tasado en seiscientos mil francos.

2.º La granja de Blanche Couronne, trescientas hectáreas;

Tasada en quinientos mil francos.

3.º La granja de Rozeraie, doscientas cincuenta hectáreas;

Tasada en cuatrocientos mil francos.

4.º El bosque y los montes de la Mionne, con una extensión de cuatrocientas cincuenta hectáreas; y

Tasada en quinientos cincuenta mil francos.

Y estas cuatro cantidades sumadas al finar del cartel expresaban la respetable suma de dos millones cincuenta mil francos.

De modo, que esta magnífica hacienda que después de dos siglos que había logrado escapar de ser dividida, por haber sido heredada, siempre intacta, de padres á hijos, iba ahora á ser destrozada. El cartel anunciaba, sin embargo, que después se adjudicaría por entero toda la finca; pero, siendo ésta de un valor tan grande, no era probable que tuviera licitador alguno.

La marquesa de Longueval había muerto ya hacía seis meses. En 1873, habiendo perdido á su único hijo Roberto de Longueval, quedaban, pues, tres herederos, nietos de la marquesa, Pedro, Elena y Camila. Como Elena y Camila eran menores, fué preciso poner la finca en venta. Pedro, que era un joven de veintitrés años, hizo locuras, se vió arruinado y no podía, por lo tanto, pensar en volver á comprar el marquesado de Longueval.

Eran las doce del día. Dentro de una hora el Palacio de Longueval tendría nuevo dueño. Este dueño... ¿quién sería?... ¡Qué mujer vendría á ocupar en el salón principal, que tan elegantemente adornado estaba de antiguas y ricas colgaduras, el sillón de la marquesa, la antigua amiga del cura de la aldea!..., ella, que reedificó la iglesia del pueblo, y que siempre era la encargada de proveer y sostener la botica que había en la casa del cura á cargo de Paulina, su ama; ella, que dos veces á la semana, en su gran landó, lleno de vestiditos de niños y gruesas sayas de estameña, venía á buscar al cura Constantino y



hacia con él lo que llamaba ella misma *la caza de los pobres*.

Volvió el anciano sacerdote á emprender su paso, pensando en todas estas cosas... Y además pensaba también—porque los más santos han tenido sus pequeñas debilidades—en sus amadas costumbres de treinta años, tan bruscamente interrumpidas. Todos los jueves y domingos comía en el Palacio... ¡Cómo le lisonjaban, le cuidaban y le mimaban!... Camilita—que tenía ocho años—se ponía sentadita en sus rodillas, y le decía:

—Sabe usted, señor cura, en la iglesia me quiero casar, y mamita la llenará toda, toda, todita de flores... ¡más, mucho más, que en el mes de María!... ¡Parecerá un jardincito, todo, todito blanco!...

¡El mes de María!... ¡Era por aquella época el mes de María! El altar, otras veces, en estos días, lo llenaban de flores que todas venían de las estufas del Palacio. Este año sólo se veían encima del altar tristes ramitos de lirios y lilas blancas colocadas en jarros de porcelana dorada. En tiempos anteriores, todos los domingos, en la misa mayor, y todas las tardes, durante las flores de María, mademoiselle Hebert, la tutora de Mme. de Longueval, bajaba á tocar el pequeño armonio, que era regalo de la marquesa... Hoy el pobre armonio, entregado al silencio, no acompañaba ya la voz de los sochantres y los cánticos de los niños. Mlle. Marbeau, directora

de la posta, era algo filarmónica y tenía grandes deseos de suplir la falta de Mlle. Hebert, pero no se atrevía porque temía ser notada como clerical por el alcalde que era un entusiasta libre pensador. Esto podría perjudicarla para su ascenso.

Ya llegaba el anciano sacerdote al fin de la tapia del parque, cuyas revueltas le eran tan familiares, y el camino seguía después por la orilla de La Lizotte; por el otro lado se extendían las praderas de las dos granjas;... y después, más allá, se elevaba el espeso bosque de la Mionne. ¡Esta propiedad iba á ser partida, destrozada!... Esta idea desgarraba el corazón del pobre cura. Para él todo esto, durante treinta años, había estado junto, y era un sólo cuerpo. Consideraba esta gran finca como algo suyo, como una cosa propia. Se creía en su casa en las tierras de Longueval. Cuántas veces le ha sucedido detenerse á contemplar con deleite un hermoso campo de trigo, arrancar una espiga, desgranarla y decirse:

—¡Vaya este año está el grano hermoso, duro y bien relleno. Tendremos una buena cosecha!

Y alegremente volvía á tomar su camino, atravesando por *sus* campos, *sus* hierbas y *sus* praderas. En una palabra, por todas *sus* costumbres y todos sus recuerdos, se encontraba muy encariñado con esta gran hacienda, á la que había llegado su última hora.

El cura distinguía, á lo lejos, la granja de



Blanche-Couronne; sus techumbres de ladrillos encarnados destacaban por encima de la espesura y verdor del bosque. Todavía el cura se encontraba allí, en su casa. Bernardo, el colono de la marquesa, era su mejor amigo, y cuando el anciano sacerdote se había retardado en sus visitas á los pobres y á los enfermos; cuando, al aproximarse el sol al horizonte, sentía sus piernas algo cansadas y su estómago un tanto desfallecido, entraba en casa de Bernardo, se festejaba con un buen guisado de carne con patatas, echándose á su vez un vasito de sidra. Después de la cena, el colono enganchaba su vieja yegua negra al cabriolé y conducía al cura á Longueval. Todo el camino iba charlando y disputando. El sacerdote reñía al colono porque no iba nunca á misa, y él le respondía:

—Mi mujer y mis hijos la oyen por mí... Demasiado sabe usted, señor cura, que nosotros somos así. Las mujeres cumplen con la religión para beneficio de los hombres. Ellas son siempre las que nos abren las puertas del cielo.

Y maliciosamente añadió, pasando la punta del látigo por el lomo de la yegua negra:

—¡Habrà alguno!

El anciano cura saltó en el viejo cabriolé.

—¡Cómo! ¡Que si hay alguno! ¡Pues ya lo creo que hay uno!

—Entonces será usted, señor cura; usted dice que no es seguro y yo digo que sí... ¡usted lo será! ¡usted lo será! Usted estará en la puerta

observando á sus feligreses y ocupándose de nuestros asuntos... Y le dirá usted á San Pedro... porque es, desde luego San Pedro, no es verdad, el que tiene las llaves del cielo?

—¡Sí, es San Pedro!

—¡Ues bien, usted le dirá si me da con la puerta en las narices con el pretexto de que no voy á misa; ¡¡Vamos! déjele usted pasar... Es Bernardo, uno de los colonos de la marquesa, un buen hombre. Pertenecía al consejo municipal y votó por la permanencia de las hermanas de la caridad cuando las querían echar de la escuela». ¡Esto conmoverá á San Pedro! que responderá: «¡Vamos! pasa Bernardo, pero no es más que por complacer al señor cura». Porque usted será todavía cura allá arriba, y siempre cura de Longueval. Estoy seguro que el cielo sería muy triste para usted si le impidiera de seguir siendo cura de Longueval.

Cura de Longueval, sí, en toda su vida no había sido más que eso, no había pensado en otra cosa ni había deseado más en su vida. Por tres ó cuatro veces le habían propuesto grandes curatos en el obispado, de buen producto, con uno ó dos tenientes, y los había rehusado. Amaba su iglesita, su aldeíta y su pequeña choza. Se hallaba sólo y tranquilo haciéndolo todo por sí mismo; siempre por sendas y caminos bajo la influencia del sol y de la lluvia, del viento y del granizo. Con el continuo trabajo que hacía había

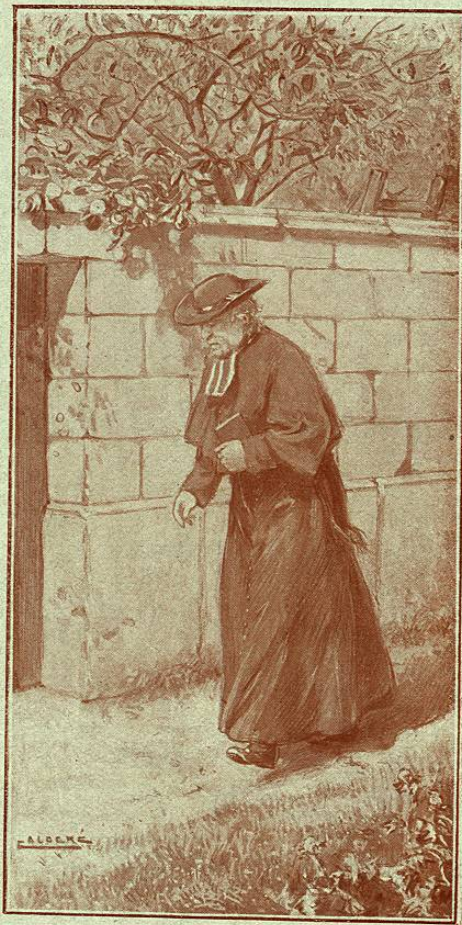


llegado á endurecer su cuerpo, pero quedando su alma siempre dulce y tierna.

Vivía en su casita, edificio grande de pueblo, que sólo la separaba de la iglesia el cemeniterio. Cuando él subía á una escalera de mano que tenía para emparrar sus perales y melocotoneros, por encima del caballete del muro veía las sepulturas, sobre las que había dicho las últimas oraciones y echado las primeras paletadas de tierra. Entonces, al mismo tiempo que desempeñaba el cargo de jardinero, decía mentalmente una pequeña oración por la salud de algunos muertos que le tenían con un poco de cuidado, y que tal vez podían quedarse algún tiempo en el purgatorio. Tenía una fe sencilla y tranquila.

Pero entre estas sepulturas había una, que con más frecuencia que las otras recibía sus visitas y sus oraciones. Era la tumba de su antiguo amigo el doctor Reynaud, muerto en sus brazos en 1871 y en muy terribles circunstancias. El doctor era como Bernardo, nunca iba á misa ni á confesarse; pero ¡era tan bueno, tan caritativo y tan compasivo con los que sufrían!... Esta era la gran preocupación, la gran inquietud del cura. Su amigo Reynaud, ¿dónde estaba? Después recordaba la honrada vida del anciano médico del pueblo, toda llena de valor y de abnegación; recordaba su muerte, sobre todo su muerte, y se decía:

—¡ En el cielo debe estar! no puede ser más que en el cielo! Dios le ha dado un poco de purgato-





rio, por la forma... pero de seguro que le ha sacado á los cinco minutos...

Todo esto pasaba por la memoria del anciano sacerdote cuando iba por el camino de Souvigny. Se dirigía á la ciudad á casa del abogado de la marquesa, con objeto de conocer el resultado de la venta para saber quienes eran los nuevos dueños de Longueval. Aun le quedaba un kilómetro que recorrer antes de llegar á las primeras casas de Souvigny; y seguía costeando la tapia del parque de Lavardens, cuando de repente oyó voces encima de su cabeza que le llamaban

—¡ Señor cura! ; señor cura!

En este sitio, y coronando la tapia un largo paseo de tilos, existía una terraza y el cura, levantando la cabeza, divisó á Mme. de Lavardens y á su hijo Pablo.

—¿Dónde va usted señor cura? preguntó la condesa.

—¡ A Souvigny, al juzgado para saber...

—Quédese usted aquí; monsieur de Larnac debe venir después de verificada la venta á contarme el resultado.

El cura Constantino subió á la terraza.

Gertrudis de Lannilis, condesa de Lavardens, había sido una mujer muy desgraciada; á los diez y ocho años hizo una locura, la única de toda su vida, pero irreparable, se casó con verdadero amor en un arranque impetuoso de entusiasmo y de exaltación con Mr. de Lavardens, uno de los hombres más seductores y de más talento de su



época. No la amaba y se casó por necesidad. Había devorado hasta la última peseta de la fortuna que le dejó su padre, y hacía dos ó tres años que no vivía en el mundo de otra cosa que de enredos y trampas. Mlle. Lannilis lo sabía todo y no se hacía ilusiones; pero se decía: «Yo le querré tanto que él concluirá al fin, por quererme».

De esto dependieron todas sus desgracias. Su existencia hubiera sido tolerable si ella no hubiera amado tanto á su marido, pero le amaba demasiado. Sólo consiguió cansarlo con sus persecuciones y sus excesivos cariños. El volvió á hacer, y continuó la vida de siempre, que era muy desordenada. Quince años pasaron así en un continuado y largo martirio, soportado por Mme. de Lavardens con todas las apariencias de una impasible resignación, que no existía verdaderamente en su corazón. Nada la pudo distraer ni curar de este amor que la destrozaba.

Mr. de Lavardens murió en 1869, y dejó un hijo de catorce años, en el que se manifestaban todos los defectos y cualidades de su padre. Sin estar seriamente comprometida la fortuna de Mme. Lavardens se encontraba un poco averiada y en consecuencia de esto, vendió el hotel de París, se retiró al campo, vivió con mucho orden y economía y se consagró enteramente á la educación de su hijo.

Pero todavía la esperaban tristezas y pesares en su vida. Pablo de Lavardens era inteligente,

amable y bueno, pero muy rebelde á la sujeción y al trabajo. Tres ó cuatro profesores que tuvo, en vano se esforzaron por hacer entrar en su cabeza nada serio. Se presentó en Saint-Cyr, no fué admitido, y empezó en París á derrochar, lo más rápida y locamente, dos ó trescientos mil francos.

Hecho esto, se enganchó en el primer regimiento de cazadores de Africa, tuvo la suerte de formar parte en la primera salida de una pequeña columna expedicionaria en Sahara, se condujo valerosamente, y llegó á ser sargento; y al cabo de tres años iba á ser nombrado subteniente, cuando se encaprichó de una jóven que representaba *La fille de madama Angot*, en el teatro de Argel. Pablo había cumplido el tiempo de su servicio, y volvió á París en compañía de su joven artista de ópera bufa,... después la reemplazó una bailarina,... después una cómica,... después una amazona del Hipódromo. Probó de todos los géneros. Vivió de la brillante y miserable existencia de los desocupados... Pero él no pasaba en París más que tres ó cuatro meses. Su madre le daba una pensión de treinta mil francos, y le había declarado terminantemente que, en vida de ella, no le daría un céntimo mas antes de casarse. Conocía perfectamente á su madre y sabía que sus palabras debían tomarse siempre muy en serio. De modo que, queriendo representar un papel distinguido en la sociedad de París, y hacer una vida alegre, se gastaba sus